

NOTAS PARA UNA METAPSIKOLOGÍA DEL DOLOR. LAS AUTOLESIONES EN LA ADOLESCENCIA.

ANOTAÇÕES PARA UMA
METAPSIKOLOGIA DA DOR.
AS AUTOLESIONES NA
ADOLESCÊNCIA.

NOTES FOR A
METAPSYCHOLOGY OF PAIN.
SELF-HARM IN
ADOLESCENCE.

Albana Paganini Paradedda
Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y
la Adolescencia
Correo electrónico: albana.paganini@udp.cl
ORCID: 0009-0005-0365-1647

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Paganini P. A. (2023) NOTAS PARA UNA METAPSIKOLOGÍA DEL DOLOR.
LAS AUTOLESIONES EN LA ADOLESCENCIA.
Intercambio Psicoanalítico 14 (1), DOI: doi.org/10.60139/InterPsic/14.1.7/
Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

NOTAS PARA UNA METAPSICOLOGÍA DEL DOLOR. **LAS AUTOLESIONES EN LA ADOLESCENCIA.**

Albana Paganini
Paradedá¹

1 Magíster en Psicología, mención Teoría y Clínica Psicoanalítica. Universidad Diego Portales (Chile). Egresada Posgrado de ASAPPIA. Académica de la Facultad de Psicología de la Universidad Diego Portales. Artículos recientes: Discursos de la Psicología en un modelo de subvenciones escolares: el niño puesto a valer. Autoras: Mónica Peña, Albana Paganini. Publicado en Quaderns de Psicologia. Año 2021. Vol.23. Núm.2. UAB <https://www.quadernsdepsicologia.cat/article/view/v23-n2-pena-paganini>

Resumen El artículo analiza ciertas formas de autolesiones en la adolescencia, destacando que las autolesiones pueden remitir a diversas formas de funcionamiento psíquico. En este caso surge la pregunta sobre el dolor y su proximidad con la angustia o el duelo. Se sitúa el dolor como una vivencia próxima a lo que Green denomina trabajo de lo negativo, donde habría una vecindad entre el dolor y el vacío, pensando el dolor como una experiencia que no puede transformarse en un llamado al otro. El dolor sería el encuentro con el vacío, en donde la autolesión podría ser pensada como un intento de provocar una cualidad sensorial, allí donde no hay sensación.

Palabras Claves: Dolor, autolesión, adolescencia, vacío.

Resumo O artigo analisa certas formas de autolesão na adolescência, destacando que as autolesões podem se referir a diferentes formas de funcionamento psíquico. Nesse caso, surge a pergunta sobre a dor e sua proximidade com a angústia ou o luto. A dor é situada como uma vivência próxima ao que Green chama de trabalho do negativo, onde haveria uma vizinhança entre a dor e o vazio, pensando a dor como uma vivência que não pode ser transformada em um chamado ao outro. A dor seria o encontro com o vazio, onde a autolesão poderia ser pensada como uma tentativa de provocar uma qualidade sensorial ali onde não há sensação.

Palavras-chave: Dor, autolesões, adolescência, vazio.

Abstract: The article discusses certain forms of self-injury in adolescence, highlighting that self-injury can refer to various forms of psychic functioning. In this case, the question of pain and its proximity to distress or mourning arises. Pain is situated as an experience close to what Green calls the work of the negative, where there would be a proximity between pain and emptiness, thinking of pain as an experience that cannot be transformed into a call to the other. Pain would be the encounter with emptiness, where self-injury could be thought of as an attempt to provoke a sensory quality, where there is no sensation.

Key words: Pain, self-injury, adolescence, emptiness.

“Abrí la bolsa. Era una bolsa corriente de plástico transparente; en el interior había diez hojas de afeitar, toallitas con alcohol empaquetadas individualmente, gasas dobladas en mullidos cuadrados y vendas. Me quedé de pie con la bolsa en la mano y enseguida supe que era. No tenía pruebas y nunca había visto nada igual, pero lo supe”.

Tan Poca vida, Hanya Yanagihara. 2016 Ediciones Lumen

Recibo en mi consulta a una joven de 17 años que se autolesiona desde los 15. Primero cortes en sus caderas y luego en sus brazos. Cicatrices queloides como pulseras rodean sus brazos. Frente a mi expresión de dolor, dice que no siente nada, riéndose. Su risa me sorprende junto con el modo que la acompaña: perplejidad y fascinación a la vez. Exhibe sus cortes como si fueran heridas de guerra, con cicatrices más profundas que otras. Habla sobre ellos: cómo algunos se le infectaron, la necesidad de auxilio médico para poner puntos en otros. No son cortes repentinos o impulsivos, ocurren en la soledad de su dormitorio. Usa un corta cartón filoso y, como si fuera un bisturí, va probando la profundidad del corte en forma gradual. Parece describir la disección sobre un cuerpo ajeno, como si no hubiera allí un cuerpo libidinal. Luego de cada corte, ella misma los cura con vendas y desinfectante y espera ver cómo cicatrizan.

Transitar la adolescencia implica una larga travesía sujeta a diversos trabajos, un viaje por la vida psíquica de un sujeto que comienza cuando la madurez sexual asoma en un cuerpo (Laplanche, 1998) que ya tiene una historia pulsional y fantasmática. Si el complejo de Edipo supone para Freud (Bleichmar, 2014) enlazar las mociones autoeróticas a los objetos primarios de amor, considerando la represión como una manera de enlace y los efectos identificatorios como el cimientamiento del yo, se podría decir que en la adolescencia se ponen a prueba estos enlaces. Suponen una nueva recomposición, sustentada en el desasimiento de los objetos primarios de amor, que posibilitan la emergencia de nuevas formas amorosas e identificatorias. Cuando ello ocurre, el adolescente ya es un joven, posición subjetiva diferente jalonada por la aparición de ideales sostenidos (Rodulfo, 2005) en el tránsito del jugar al trabajar como producción simbólica. Sin embargo, una travesía de tal magnitud no siempre es posible. A veces las condiciones de partida no lo permiten, no hay equipaje suficiente para semejante viaje.

No siempre un adolescente ocupa esa posición subjetiva, ya sea porque hay fallas primarias en los enlaces amorosos que constituyen los cimientamientos narcisistas necesarios para la vida, o también porque lo pulsional parcial no queda sujeto a la represión originaria e irrumpe desanudando aquello que ha sido ligado en forma frágil. Cuando ello acontece, la adolescencia no puede advenir, la travesía naufraga y las formas clínicas observadas no tienen un estatuto sintomático. Un corte o autolesión podría remitir a diversas formas de funcionamiento psíquico, formas y figuras que no siguen necesariamente el camino del síntoma. Silvia Bleichmar (2000) establece la diferencia entre la formación de un síntoma

ligado a la represión primaria y el trastorno como un fenómeno psicopatológico que indica fallos en la represión primaria, aunque pueda existir cierta dominancia neurótica. Establecer distinciones sobre las formas de funcionamiento psíquico en las autolesiones es fundamental en la medida en que no todas responden a la misma forma de funcionamiento psíquico.

Los cortes como conductas autolesivas (Ale y otros 2017) suelen pensarse, en algunos casos, como intentos fallidos de duelo; en otros, son asociados a problemáticas transgeneracionales o fallos en los primeros tiempos de la constitución psíquica. Existiría también una referencia al corte como una descarga que produce cierto alivio frente a grandes magnitudes de excitación que no encontrarían una salida a través de ligaduras representacionales. Estas formas descritas transitan en organizaciones psíquicas aposadas en los desfiladeros de los principios placer-displacer, cuyos efectos se manifiestan en la angustia.

Sin embargo, surgen otras preguntas: ¿cómo se constituye la experiencia subjetiva del dolor?, ¿cómo se podría pensar el dolor psíquico?, ¿qué relación existe entre el dolor psíquico y el dolor físico, sería posible establecer distinciones?

Al inicio del libro “Más allá del principio de placer” (1920), Freud pone en cuestión el principio de placer como regulador de la vida psíquica, hace tambalear la tendencia a evitar el displacer y búsqueda del placer como descarga, y el principio económico es interpelado: “En *el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas fuerzas o constelaciones lo contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer*” (Freud, 1920, p.9).

A propósito de la guerra y la neurosis traumática, Freud (1920) señala que cuando hay heridas de guerra, el daño físico contrarrestaría la producción de la neurosis traumática. Al parecer, las heridas de guerra o los accidentes liberan al sujeto del destino de la neurosis traumática. Habría que pensar que el estatuto de herido de guerra otorga un lugar social, que facilita un campo de identificaciones posibles que liberan al sujeto del destino de la neurosis traumática. En el caso de las autolesiones, es la misma joven quien se las inflige, sin posibilidad de ligar la excitación a un entramado identificatorio. En este caso, las autolesiones no se apuntalan en identificaciones transitorias (Laplanche, 1996) sostenidas por un grupo como en otros casos con adolescentes.

En el “Proyecto de una Psicología” (1895), Freud destina un apartado para el dolor: el dolor consistiría en la irrupción de grandes cantidades de excitación Q hacia el sistema Psi, que es un sistema mnémico que forma un cruce entre las excitaciones externas, el sistema perceptor y las excitaciones que provienen de la periferia interna. El dolor se produciría por cantidades hipertróficas de excitación, provenientes de la periferia externa-interna, que el sistema Psi no podría derivar, recorriendo todos los caminos posibles de descarga. La definición es cuantitativa, pues la cantidad de excitación transformaría a las neuronas del sistema Psi en

“pasaderas” sin poder desviar esa excitación. En el dolor fracasan los dispositivos que diferencian los sistemas Omega y Psi, de tal manera que la distinción Q y Qn se borra. Esta anotación es interesante, porque el dolor como excitación borraría las diferencias de proveniencia de la excitación periférica de aquella ligada al sistema Psi (no se sabe que duele), dejando secuelas en el sistema Psi (Freud, 1985) definidas como facilitaciones duraderas. Quedaría en el sistema mnémico un decurso o camino de conducción del dolor.

Sin embargo, es necesario poder establecer la distinción entre la cantidad pensada en términos económicos, y la cualidad del dolor como una vivencia subjetiva. Para poder comprender la cualidad del dolor es necesario introducir la vivencia de satisfacción primaria, que podría definirse como un modelo que da cuenta del funcionamiento del sistema Psi.

Cuando Freud define la vivencia de satisfacción, la nombra como la *“fuente primordial de todos los motivos morales”* (Freud, 1985, p.365)¹, anotación que surge luego de una descripción de la experiencia en términos biológicos y que, de alguna forma, se podría decir que tiene en el texto un carácter de enigma, ya que lo que se describe como vivencia son una serie de actos y movimientos que se desencadenan a partir del estado de desamparo del lactante y que desembocan en una distensión más o menos prolongada. La secuencia descrita por Freud podría esbozarse de la siguiente manera: en un lactante sometido al apremio vital, la tensión Qn produce un estado de excitación que solo puede ser cancelado mediante el auxilio ajeno. El saldo de esa vivencia sería la alucinación primaria del deseo, es decir, un camino mnémico que, en caso de aumento tensional, se reactivaría. Surge la pregunta (Laplanche, 1973) de cómo de una vivencia, que podría pensarse en términos de tensión-distensión, se inscribe la alucinación primaria del deseo. Es decir, cómo se trasmuda la cantidad en una vivencia cualificada. El componente que funda esa vivencia no se sitúa en la naturaleza de la excitación endógena, sino en el hecho de que ella se abre en un escenario que convoca la alteridad en su forma más radical.

En su libro *“La Fundación de lo Inconsciente”* (1993), Silvia Bleichmar propone una interpretación de la vivencia que podría explicar el paso de la cantidad a la cualidad, denominada como alucinación primaria del deseo. No se trataría solamente de apaciguar una necesidad, sino que, en ese acto de apaciguamiento, irrumpe al mismo tiempo un objeto sexual traumático excitante proveniente del otro, dejando un remanente excitatorio que debería buscar otras vías de ligazón o apaciguamiento. El autoerotismo, la succión de la mano o el chupeteo cumplirían una función que organizaría esa excitación sobrante. La alucinación primaria del deseo es definida como un movimiento o impulso que tiende a ligar un conglomerado de signos indiciales o inscripciones muy primarias en

el momento que surge el displacer como efecto del estado tensional. De esta manera, lo que trasmuta la cantidad en cualidad es la intervención del otro, cuyo saldo deja vías de facilitación o huellas que dan contorno a la vivencia. Por otro lado, la tensión excitatoria que debe buscar vías de resolución no estaría ligada al hambre, sino que al otro que introduce en forma paradójica un estado de excitación en el mismo momento que satisface una necesidad.

Una vez descrito el estado de deseo, Freud (1895) introduce el yo. La razón es que la reactivación del deseo inundaría el funcionamiento psíquico sin posibilidad de deriva tensional. El yo formaría parte del sistema Psi, definido como un conjunto de neuronas facilitadas entre sí que inhibirían el aumento de la tensión, dándole un decurso o una deriva distinta a la descarga. El yo funcionaría como un proceso de inducción que deriva parte de la excitación a través de diversas vías colaterales. La acción inhibitoria del yo permitiría la distinción entre recuerdo y percepción. Habría una inscripción residual de ciertos rasgos del objeto que no son idénticos a los objetos del mundo, sino que responden, más bien, a las huellas que deja la vivencia de satisfacción ligada al encuentro con el otro.

A propósito del dolor, la primera pregunta que surge es si esta vivencia podría funcionar de manera semejante a la de satisfacción, señalando, en primera instancia, que la cualidad de la vivencia responde a inscripciones primarias hostiles o si en caso del aumento tensional la función inhibitoria del yo no puede derivar hacia las vías colaterales la excitación sobrante debido a la ausencia de un decurso que facilite la derivación. Freud intenta establecer en el Proyecto una distinción entre el displacer tensional, que podría surgir homologando la vivencia del dolor, y el modelo de funcionamiento de la vivencia de satisfacción. Lo que produce dolor en Psi, en primera instancia, es el aumento tensional displacentero. Habría una especie de facilitación entre el aumento tensional y la inscripción mnémica del objeto hostil o displacentero. El displacer podría ser la experiencia más cercana al dolor. Sin embargo, si se lee con detención, el dolor parecería que escapa al principio regulador del placer-displacer, que organiza el incipiente aparato psíquico. Pontalis (1978) se pregunta si es posible pensar el dolor en términos de displacer o si es necesario asignarle el estatuto de una experiencia irreductible que no permite ningún decurso ligante.

En el modelo del Proyecto Freud, (1985) señala que, en un primer tiempo, habría una oposición o cierto antagonismo entre la vivencia de satisfacción y la del dolor, aunque ambas tendrían una fuente corporal libidinal. La vivencia de dolor no sería asimilable al displacer, es decir, estaría por fuera de los principios de placer-displacer que regulan el funcionamiento psíquico. En ese sentido, si es una experiencia que no se regula a través del placer-displacer, ¿la posibilidad de ligazón se pondría en cuestión? ¿Habría que pensar en una economía del dolor que no se sujeta a los principios que organizan el aparato psíquico? El dolor

parecería que sigue por otro derrotero diferente al ordenamiento placer-displacer, aunque ambas vivencias (la de satisfacción y la del dolor) tendrían una fuente corporal libidinal.

En una lectura del narcisismo asociado a la pulsión de muerte, Green (1986) lo define como una sombra o un doble del narcisismo de vida. Retoma el yo del Proyecto y sitúa allí un vacío, una anestesia o un blanco, cuyo saldo es la alucinación negativa del deseo. Podría pensarse el antagonismo entre ambas vivencias, donde el dolor podría ser asociado a la alucinación negativa del deseo, una organización psíquica diferente comandada por la pulsión de muerte. En este caso, pensando en las autolesiones de la joven, el corte podría ser un intento fallido de alivio cuando la sombra del vacío emerge en la soledad del dormitorio. No sería ligar lo desligado, sino excitar lo inerte o el vacío del yo. Hacer cuerpo en un cuerpo ajeno y así provocar una cualidad sensorial. El dolor no es el corte, el dolor es el encuentro con el vacío más absoluto.

En el apéndice C de "Inhibición, Síntoma y Angustia" (1926), Freud retoma el tema del dolor, su relación con la angustia y el duelo. Pontalis (1978) señala cómo Freud choca con el problema irreductible del dolor e intenta integrarlo a su teoría. Freud, se pregunta cuándo la separación del objeto produce angustia, cuándo produce un duelo y cuándo provoca dolor. Al parecer, tres registros o formas de funcionamiento psíquico que no pueden ser equiparadas. Para pensar en la vivencia del dolor, recurre a la angustia del lactante frente a la categoría de lo extranjero o no materno. El rostro del lactante, menciona Freud (1926), indica dolor, pues no puede suponer cuánto durará la ausencia materna y se comporta como si no fuera a verla nunca más. El dolor es la reacción frente a la pérdida del objeto y la angustia se liga al peligro que podría comportar esa pérdida. El dolor, señala, es la genuina reacción frente a la pérdida del objeto.

Freud retorna al Proyecto (1895) planteando otra posibilidad: es posible que el dolor sea la coalición de un estímulo que traspasa las barreras protectoras anti estímulo y actúa como una excitación pulsional constante, al punto que habría una independencia entre esta forma de dolor y las vivencias de las necesidades del lactante. Si se retoma la hipótesis del Proyecto, al parecer el dolor no puede ser pensando bajo la lógica del placer-displacer, donde sí podría alojarse una necesidad no satisfecha. Parecería haber una dificultad para poder diferenciar el dolor corporal y el dolor psíquico. El dolor no puede ser homologado a la angustia, a la pérdida del objeto o a la ausencia de satisfacción. Sin embargo, a propósito del dolor corporal, Freud (Ibd) que respondería a una investidura narcisista del lugar doliente, que podría ejercer sobre el yo un vaciamiento. Es ese vaciamiento del yo el que lleva a situar al dolor como un estado similar al duelo que evoca una ausencia. El paso del dolor corporal al dolor psíquico opera de la misma manera que el paso de la investidura narcisista a la investidura del objeto. Habría entonces una similitud entre la experiencia del dolor y el duelo.

Así, el dolor se situaría en un lugar límite: podría tener cierta vecindad con el duelo, en la medida que habría allí un vaciamiento del yo, sin embargo, como señala Pontalis (1978) no habría posibilidad de creación de sentido, sino una transferencia de un registro al otro: el dolor corporal se transforma en dolor psíquico y el psíquico en cuerpo. En ese punto habría una distinción con la angustia: la angustia se entrama en formaciones fantasmáticas, produce representaciones, se perfila la alteridad en la ausencia. El dolor, siguiendo a Pontalis (Ibd), es un grito no convocante, no puede apaciguarse, tan solo silenciarse hasta que vuelve a surgir.

La angustia produce cierto alejamiento progresivo de un cuerpo en su materialidad, en la medida que ya tiene cierta cualificación. Como señala Laplanche (2000), ya habría cierta estructura significativa. El dolor escenificaría la presencia de un objeto muerto-vivo que obtura la posibilidad de elaboración de un duelo. En ese sentido, si hubiera cierta vecindad entre la forma de funcionamiento psíquico del duelo y el dolor, tal vez podría pensarse, de acuerdo con Green (1994), como una vivencia ligada al trabajo de lo negativo, propio de la pulsión de muerte, una forma de ligazón no necesariamente elaborativa, donde la relación con el objeto inerte no abre una vía a la producción (Singer, 2014) de la representación-palabra-símbolo, sino más bien a la concretización de un objeto pleno presente, que no termina de ser perdido y dejar paso a la ausencia. Un pleno que vehiculiza lo inanimado, si pensamos el duelo como una apuesta a la vida.

Referencias bibliográficas

- Ale, M. (2017). *Del corte a la metáfora*. En Problemáticas Adolescentes, intervenciones en la Clínica actual. Morici, S. y Donzino, G. (comps). Centro de publicaciones educativas y material didáctico. Buenos Aires: Editorial Noveduc
- Bleichmar, S. (1993). *La Fundación de lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Bleichmar, S. (1986). *En los orígenes del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Bleichmar, S. (2000). *Clínica Psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós
- Freud, S. (1895). *Proyecto de Psicología*. En Obras Completas, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920). *Más allá del Principio de placer*. En obras Completas, Vol XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1926). *Inhibición, Síntoma y Angustia*. En Obras Completas, Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (1986). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Green, A. (2014). *¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte?* Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Laplanche, J. (1973). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Laplanche, J. (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Laplanche, J. (2000). *La angustia. Problemáticas I*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Pontalis, J-B. (1978). *Entre el sueño y el dolor*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana
- Rodulfo, R. (2005). *Estudios clínicos. Del significativo al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Singer, F. (2014). *Duelo y trabajo de objetualización*. En revista de Psicoterapia Psicoanalítica. Tomo VIII. No 4 AUDEPP. Montevideo: Editorial Fin de Siglo

VOLVER AL INDICE